EPISTOLARIO INÉDITO ENTRE DARIO PUCCINI Y JOSEFINA MANRESA

Por
GABRIELE MORELLI
(Universidad de Bérgamo)

Para trazar una imagen adecuada que ilustre la importancia de la labor pionera de Dario Puccini dedicada a la figura y a la obra de Miguel Hernández, además de la documentación de su correspondencia inédita cruzada con Josefina que hoy presento, me parece indispensable como preliminar recordar cuál era el conocimiento de la poesía española en Italia en los años treinta y decir que son los representantes del hermetismo florentino, y entre estos, el premio Nobel de poesía Eugenio Montale y, a continuación, Carlo Bo y Oreste Macrí, los que descubren la poesía española de la Generación del 27 a través de la antología de Gerardo Diego. Es el propio Eugenio Montale quien lleva la antología del santanderino al cenáculo literario del hermetismo italiano. Escuchemos la evocación de uno de los protagonistas de este movimiento, el prestigioso hispanista Oreste Macrí, que dice: «Montale, sutil intérprete de algunas líricas de Guillén, me prestó (por algunos años) la memorable antología de Diego».

La importancia de la colección dieguina –que también en Italia se impuso como modelo de la antología poética *avant la lettre*– es reconocida después por el hispanista Vittorio Bodini en su libro *I surrealisti spagnoli* (1963), donde escribe a propósito:

> [...] en 1932 se publicó su famosa antología de la poesía española contemporánea, la síntesis más perfecta, la única que un poeta haya hecho de sí mismo y de sus coetáneos, sacando de una situación *in fieri*, todavía no decantada por el tiempo o por la crítica, los ejemplos más válidos, en un panorama impecable, al que no se le puede reprochar ni siquiera una sola exclusión o admisión injustificada. Ejemplo que creemos único en la historia de la poesía, especialmente si tenemos en cuenta la juventud del antólogo y de los poetas escogidos.

Naturalmente en la colección de Diego no aparece el nombre de Miguel Hernández, entonces poco conocido en España. Tampoco el poeta oriolano aparece en las antologías italianas de los años treinta-cuarenta como el libro titulado (en español) *Cosecha*, publicado por Giacomo Prampolini (Milano, Scheiwiller, 1934), sobre el cual Juan Ramón Jiménez estigmatizaba el criterio de su selección: «Así cuando un italiano ha hecho una antología –*Cosecha*– escoge cuatro o cinco poesías de Machado o mías, y luego diez o doce de Salinas o Alberti, concediéndoles más importancia. Su táctica es echar abajo a los que están delante, y no dar importancia alguna a los que vienen detrás, como Aleixandre, Cernuda, etc., y así quedándose solos destacar mejor. A Lorca y a Alberti no pueden borrarlos porque ya tienen su éxito logrado»[1].

Posteriormente, hay causas concretas que pueden explicar el silencio sobre la voz de Miguel Hernández, recordando los dos acontecimiento bélicos, el de la Guerra Civil española y, casi inmediatamente, el de la Segunda Guerra Mundial en la que Italia sufre

un doble trauma, militar y económico, del que necesitará mucho tiempo para recuperarse. Tampoco entra la obra del poeta de Orihuela en las antologías de la inmediata posguerra, como *Lirici spagnoli*[2], *Poeti spagnoli contemporanei*[3] y otras antologías de menor importancia. Por fin el conocimiento de la figura poética de Miguel Hernández en la Italia literaria se debe a Oreste Macrí, quien en su conocida antología *Poesia spagnola del Novecento*[4] ofrece una amplia lectura de su obra[5]. Bajo el título *La poesia mistica e tellurica di Miguel Hernández*, Macrí presenta e ilustra la singular personalidad humana y poética del autor, insertándola en el contexto histórico y literario del momento. Hay que precisar, como apunta Giancarlo Depretis[6], que el hispanista italiano ha acudido a los consejos directos de Vicente Aleixandre, mentor del joven poeta. Las cartas que los dos se cruzaron (y de que he publicado en la revista, una somera síntesis[7]) muestran una intensa y fecunda relación que implica aclaraciones y correcciones en las respuestas de Aleixandre. En una misiva del 7 de febrero de 1952, Vicente Aleixandre protesta sobre cuanto había escrito Macrí en un artículo[8], y apunta: «Al referirse a Federico y Hernández dice Ud., con motivo de mi Elegía a éste: "morti per una causa diversa". Esto no es exacto: la causa o el lado "della lotta terrena" fue el mismo». Con una sucesiva carta del 28 junio del mismo año, hará llegar a Macrí el texto «En la muerte de Miguel Hernández» ignorado por él: «Aquí le mando mi poema a Miguel Hernández, que deseaba Ud. conocer» añadiendo más adelante: «*Desamor* no puedo publicarlo ahora porque incluye el poema a Hernández, que no resulta (oportuno, posible) publicarlo en estos momentos». Si Oreste Macrí ha abierto la puerta a la poesía hernandiana en Italia, es sin duda Dario Puccini el estudioso que con más provecho ha ahondado en el estudio y conocimiento de la poesía del oriolano; autor, además, del afortunado libro *Romancero della Resistenza spagnola*[9], que no sólo recoge los poemas correspondientes al periodo de la Guerra Civil, sino que incluye los textos que llegan hasta la actualidad, al movimiento permanente de protesta e insurrección contra el fascismo en España. De la poesía de Hernández el volumen presenta, en la primera parte, los poemas «Vientos del pueblo», «Sentado sobre los muertos», «Canción del esposo soldado» y en la segunda, titulada *Los poetas y la guerra*, «18 de julio 1936–18 de julio 1938». En efecto, el interés de Puccini por la obra del poeta pastor se remonta a comienzos de los años sesenta, cuando da a conocer en España, en la revista *Cuadernos* (Madrid, 42, 1960), «Una poesía inédita de Miguel Hernández» y, dos años después, publica su libro *Miguel Hernández. Poesie* (Milano, Feltrinelli, 1962; 1970, 2.ª edición de bolsillo, tirada de mil ejemplares), que comprende un largo estudio sobre la vida y la obra del poeta y una importante selección de los mejores poemas del autor en traducción italiana; un obra que orienta al lector hacia un conocimiento profundo tanto del hombre como del poeta oriolano.

La segunda aportación dedicada al autor de Orihuela es el volumen *Miguel Hernández. Vita e poesia* (Milano, Mursia, 1966): una reelaboración, ampliada en la parte crítica de la «Introducción» del libro anterior, donde perdura la unidad de la visión de Puccini, quien añade en el «Apéndice» un profundo *excursus* crítico que afronta los problemas textuales no resueltos de la poesía de Hernández, estudiando con acierto las variantes de la obra del autor. Esta segunda entrega, con otros estudios de Puccini, aparecerá más tarde en castellano bajo el título *Miguel Hernández: vida y poesía y otros estudios hernandianos*, al cuidado de José Carlos Rovira[10], quien prologa el volumen, y presenta un panorama orgánico de la poesía del autor oriolano a través de su distintos momentos y diversas facetas; una exégesis que, el propio Carlos Rovira, en el prólogo, no duda en calificar de nueva y que se aleja de los estereotipos tradicionales de la visión provinciana de entender al poeta. Puccini, apunta Rovira, acude a un modelo literario de confrontación universal

que comprende distintos ámbitos culturales como «la literatura resistencial europea, la tradición hispánica en la que Hernández estaba inmerso, los nuevos métodos de lectura que permitían restituir una obra literaria al margen de exégesis reductivas y mitológicas condenatorias o santificantes». Además, sigue anotando Rovira, la lectura de Puccini miraba desde el comienzo a la reconstrucción y definición filológica segura del macrotexto de la obra completa del poeta, aunque la que él utiliza como completa, publicada por Losada en 1960, no lo era efectivamente.

A todos estos datos hay que recordar la mediación prestada por Aleixandre, que favorece el contacto directo con la viuda del poeta, Josefina Manresa, a quien Puccini visita dos veces en su casa de Elche en los años de 1960, pudiendo de este modo acceder a la consulta de manuscritos, papeles y cartas de Miguel. La cercanía de Aleixandre le proporciona a Dario Puccini una ayuda constante, como se deduce de algunas de sus cartas, pertenecientes al mencionado epistolario inédito, enviadas al estudioso italiano: «Hoy no quiero retrasarme más en el asunto que a Ud. le interesa de Miguel Hernández. Me dice la viuda que el retraso, pasado los plazos del contrato, le perjudicaba mucho. Por lo visto al mismo tiempo que Ud. me escribía, le escribía a ella Feltrinelli proponiéndole prorrogar el contrato por 12 meses [...]. Yo he escrito a la viuda que me parece razonable la proposición nueva de Feltrinelli, que puede compensar los perjuicios sufridos, y aconsejándole la acepte. No sé lo que hará, pero confío en que sea así y todo quede favorablemente resuelto y ella compensada».

Epistolario con Josefina

Con esta alusión directa a la viuda del poeta y la mediación ofrecida por Aleixandre en favor del libro de Puccini que va a publicar la editorial Feltrinelli (se trata de una reedición) abrimos la documentación epistolar cruzada entre Puccini y la viuda del poeta que, además del asunto económico relativo a los derechos de autor que domina el discurso editorial, evidencia la fuerte personalidad de Josefina Manresa quien no teme oponerse a la lectura de Puccini, rechazando su versión basada sobre la vicisitud biográfica de la historia sentimental, que ella niega corresponder a la verdad de los hechos que ha vivido. Además, Josefina se niega a aceptar la lectura del crítico italiano, militante de izquierdas, que ilustra y evidencia la participación ideológica del poeta y su afiliación al partido comunista. Sobre este tema, ya había escrito Oreste Macrí:

> La investigación de Puccini es notoriamente comprometida y finalística en función del «mensaje» poético–humano y humano–poético de una pura reducción de la vivencia mortal–artística a un altísimo ejemplo de protesta y rebeldía en el sentido del método crítico empleado que es, por tanto, una fe activa y existencial. Me refiero a la educación literaria de Puccini, formado en la escuela postbélica del neoiluminismo que, a través de Gramsci, maestro más ideal que técnico, intenta llegar a la lección democrática [...]. Las fuentes teóricas e instrumentales son las europeas de la Praxis de la metodología sociológica del historicismo marxista[11].

La visión crítica del hispanista italiano frente a la historia humana y poética de Hernández, ya se manifiesta en su primer libro de 1962, y se expresa con mayor fuerza en la «Premisa del autor a la edición del 1966», donde campea el epígrafe de Erich Auberbach, que reza: «En todo caso lo que en una obra comprendemos y amamos es la existencia de un hombre, una posibilidad de nosotros mismos». Palabras que Puccini asume como lema del libro para explicar su lectura de la poesía de Hernández, que es de directa confesión y

presencia sobre las cosas, es decir «intensamente entrelazada con la vicisitud sentimental y civil del hombre»; y que, por lo tanto, «requiere, precisamente, una investigación afectuosa y siempre confortada por su biografía, o bien conforme con el esquema habitual, pero de todos modos significativo, de la "historia de un alma"», como él mismo afirma en su citada «Premisa». En fin, para Puccini, es importante la reconstrucción del *iter* existencial del poeta, donde asistimos al proceso de distanciamiento de su educación provinciana y católica vivida a la sombra de su amigo Ramón Sijé y, luego, a la sucesiva elección ideológica a favor de la lucha antifascista, a la que seguirá la cárcel y la muerte; todo esto dirigido al conocimiento del mensaje creativo de su obra.

En efecto, en la hermenéutica de Puccini, el conocimiento de la historia y de la vida del poeta es fundamental, aunque sería limitado creer que es la biografía lo que verdaderamente le interesa: al contrario –y lo repetirá con fuerza a la misma Josefina[12]– la experiencia humana le sirve como base concreta para fundar su orientación crítica en busca de la verdad poética. En este sentido la lectura de las cartas intercambiadas con la viuda es importante en cuanto no sólo avala el esfuerzo hecho por el hispanista, sino que proporciona información sobre la marcha de las publicaciones de la obra hernadiana en Italia, y además echa nueva luz sobre algunos episodios relacionados con la familia y la persona de Josefina; la cual se impone con su fuerte personalidad y determinación en defender y separar la experiencia privada de la obra literaria. A través de sus palabras, tenemos noticia del confuso estado editorial en que, en aquel momento, se encuentra la obra de Hernández; sobre todo la documentación epistolar evidencia la gran labor investigadora y de difusión realizadas por Puccini, en cuanto estudioso y traductor de la poesía del autor oriolano.

El epistolario cubre cronológicamente un arco de diez años y va del 16 de octubre de 1961 al 10 de octubre de 1971. La correspondencia, que el hispanista romano conserva diligentemente en su casa, guardando también sus propias cartas, como era costumbre habitual en aquella época –lo que demuestra la relevancia que el estudioso daba a este material–, se abre y cierra con la presencia de Josefina. Se trata de 46 cartas –más algunas cruzadas por el hispanista con otros destinatarios pero siempre ligadas al tema hernandiano–, que también comprenden la trascripción de 10 sonetos inéditos. Cartas repartidas en el siguiente modo: 19 de Puccini y 27 de Josefina; las primeras son dactilografiadas, mientras que todas las enviadas por la viuda del poeta son manuscritas.

En general, el tema de la correspondencia discurre sobre las iniciativas editoriales, radiofónicas o discográficas realizadas o que el estudioso se propone realizar en Italia para dar a conocer la poesía y el teatro de Hernández; al mismo tiempo da noticia del trabajo de estudio e investigación que el hispanista está preparando y publica sobre la obra del poeta, y que son las dos entregas arriba citadas. En realidad, numerosos proyectos de difusión de la producción hernandiana anunciados por el hispanista, sufrieron, como informa el propio crítico, retrasos y dificultades, a causa de «la crisis en la cual se encuentran los editores italianos y a lentitud de muchas personas» (carta 11); pero varias iniciativas se cumplieron, las que sobre todo dependían de la voluntad y el trabajo personal de Puccini, animador incansable y entusiasta de la obra del poeta. Es suficiente leer su lista programática compuesta de cinco puntos que envía a Josefina para darnos cuenta de sus fervientes actividades editoriales en favor de la poesía de Hernández. Leemos en su carta del 23 de septiembre de 1964:

> 1) Una editorial italiana –Nuova Italia– publicará un libro mío sobre Miguel dentro de 1965. La base del libro será la introducción que escribí para la antología de Fel-

trinelli en 1962. Pero añadí muchas páginas muy interesantes, y, creo, importantes.

2) El mismo libro será publicado por la editorial de la Universidad de las Villas de Cuba dentro de 1965. Recibí un cable anunciándome esta noticia en estos días.

3) La casa de discos Fonit-Cetra hará al fin el disco de los poemas de Miguel: principalmente de los poemas de amor. Pronto recibirá el contrato. El lector es uno de los mejores actores teatrales italianos: Arnoldo Foà.

4) Un poema de Miguel será leído hoy (o el miércoles próximo) en la televisión italiana. Recibirá los derechos a través de la Sociedad de Autores Española. El lector es el actor teatral Achille Millo; perdóneme si no se lo he dicho antes, pero yo mismo lo he sabido en estos días...

5) Dos poemas de Miguel –siempre traducidos por mí– van incluidos en otro disco de poemas de amor españoles (con poemas de los mejores poetas españoles contemporáneos) que Fonit-Cetra imprimió en noviembre de 1963 y del cual le hablé ya. Pronto le diré cómo y cuándo recibirá los derechos (aunque pequeños) de estos poemas, si ya no ha recibido algo.

Por su parte, Josefina sigue con gran diligencia y atención el *iter* de los proyectos anunciados por Puccini y no deja de protestar cada vez que el libro tarda en aparecer o, peor, la iniciativa no llega a conclusión y el editor abandona el proyecto. En realidad, la viuda es muy consciente de su rol de depositaria de los derechos de autor, por lo que ejerce un control atento e interesado, a veces pidiendo un aumento económico respecto al del contrato anteriormente fijado, de este modo obligando al paciente interlocutor italiano a intervenir para convencer al director de la editorial. Tampoco la musa del poeta se abstiene de expresar sus juicios negativos sobre la marcha de la venta de primer volumen italiano de Puccini. Escribe en fecha 27 de diciembre de 1964: «El libro de Feltrinelli va muy despacio en su venta. En el primer año se vendieron 892, y en el segundo año 1963, 52 ejemplares, a este paso hay edición para rato, pues aún quedan por vender 1236 ejemplares. Yo pensaba que se vendería más y estoy muy desanimada». La desconfianza de Josefina frente a los datos de venta comunicados por la editorial se hace patente un año después, en su carta del 12 de abril de 1965, cuando vuelve sobre el tema, lamentando: «Le puedo decir algo de la venta del libro de Feltrinelli. Aún quedan por venderse 1177. Sólo se han vendido en 1964, 59. Es cosa muy rara que se venda tan poco con tan buena marcha que empezó en el primer año, en 6 meses que se vendieron 892 ejemplares. Dígame que le parece y si sabe Vd. algo».

Igualmente Josefina no ahorra sus quejas contra la editorial Feltrinelli por no haberle aún enviado los tres ejemplares del libro que le debe: la protesta (tanto por esto como por otros libros que espera) es continua y apremiante, y obliga al hispanista a resolver el asunto con un regalo personal de los volúmenes reclamados. Por este motivo notamos su alegría cuando Puccini le comunica que va publicar otro libro sobre Hernández en una nueva casa editorial: «Se lo agradezco mucho –comenta– pues no podemos castigar de otra manera a este editor [Feltrinelli] que parece abusador».

Dentro del clima cordial de amistad y estimación recíprocas que se ha creado entre el estudioso y Josefina, destaca el episodio de incomprensión generado por la publicación de diez sonetos inéditos, pertenecientes al ciclo del *Silbo vulnerado*, que Puccini quiere publicar en la revista de la Universidad de Roma, y para cuyos derechos de autor envía a Josefina, a través de la Banca Commerciale Italiana, la cantidad de 4.000 pesetas, sugiriendo la posibilidad de que los mismos sonetos aparezcan en una revista de Caracas, cuyo director, el escritor Rafael Pineda, iba dentro de poco a encontrarse con él en Roma.

Sin embargo, esta propuesta que no se realizará en cuanto el responsable de la revista venezolana pretende que los poemas sean inéditos. La lectura del epistolario no permite aclarar los inciertos pasajes del desarrollo de la historia –algunas cartas se han perdido– pero sabemos que el asunto termina con la publicación en la *Revista Nacional de Cultura* (184, 1968) de otros nuevos poemas (en realidad son sólo siete los inéditos), con un prólogo de Puccini, titulado someramente «Diez sonetos inéditos»[13]; prólogo, lamenta el hispanista, que sin embargo tiene en consideración sólo los poemas anteriores que él conoce y no los demás enviados a la revista venezolana.

La correspondencia reserva otros motivos de interés: el primero nos vuelve a la disputa inicial en que Macrí mostraba privilegiar la línea tradicional barroca frente al método historicista de Puccini, dirigido en función del mensaje poético y de allí su constante preocupación por adquirir una adecuada documentación necesaria para la hermenéutica de la obra. Como ya se ha señalado, es este uso de la experiencia privada de Hernández que crea una fuerte reacción por parte de Josefina, quien desde el comienzo insiste para leer la obra de Puccini en castellano, captando en el libro italiano algunos errores relativos a datos familiares y un juicio negativo sobre su mentalidad cerrada de provincia, su educación virtuosa que se niega con obstinación a la demanda amorosa del joven Miguel, y no comprende su deseo de alejamiento de Orihuela para abrirse a la realidad dinámica de Madrid y adherirse, sucesivamente, a la ideología antifascista y a la causa republicana.

La protesta de Josefina se hace visible a partir del primer libro de Puccini, que basa su perfil biográfico en las fuentes de información de la época, ya expuestas en las «Notas a la Introducción», donde señala la monografía *Miguel Hernández. Vida y obra* de Concha Zardoya, el libro de la edición argentina de las *Obras completas*, ordenada por Elvio Romero y además el estudio *Miguel Hernández* de Juan Guerrero Zamora. En su misiva del 6 de enero de 1966, la viuda recuerda al hispanista italiano que «Hay muchos inventos de Concha Zardoya y de Elvio Romero», advirtiendo a que «no se guíe Ud. por estos y tampoco del todo de las *Obras completas*». Ella se pone a su disposición: «Pregúnteme lo que desee –le exhorta– siempre que no figure yo como colaboradora».

El segundo libro de Puccini, que Josefina recibe en el verano de 1970, es por ella acogido con agradecimiento por el resultado logrado en el esfuerzo de difusión en Italia de la obra de Miguel. Pero tampoco la mujer se exime de señalar otras faltas concernientes a la documentación biográfica. «Habiéndose Ud. guiado –escribe en su misiva del 26 de agosto– por otras biografías falseadas, tiene muchos errores. Además muchas suposiciones suyas son muy equivocadas». En la carta sucesiva, la del 10 de octubre de 1971 (mientras tanto ha podido leer con calma el libro), el reproche es más directo y circunstanciado. Leemos:

> Estimado Señor: Refiriéndome a mi última carta, cuando hagan la 2.ª edición de su libro sobre Miguel, quiero que elimine Vd. la página 100 a partir de «El mayor interés del drama consiste en el material autobiográfico». Eso nunca existió, nunca le di pie para ofenderme de esa manera. Vd. piense la importancia que le da en el *Rayo que no cesa* a un beso que le dio al aire. También le diré que casi todo ese libro lo escribió estando disgustados. Como ese tiempo de relaciones interrumpidas fue por parte de él, que dijo después, que se dio di [*sic*] cuenta en seguida del error, pero que no quiso volver enseguida por temor a que yo no lo quisiera ya, y de ahí vienen sus quejas, como por ejemplo:
>
> ¡Ay que acontecimiento de quebranto
> ir a tu corazón y hallar un hielo!

Los versos provienen del soneto 5 «Tu corazón, una naranja helada», perteneciente al libro *El rayo que no cesa*, donde el poeta describe –según Josefina– su retorno y arrepentimiento tras el periodo de distanciamiento ocurrido durante la segunda etapa madrileña. Entonces el poeta vive nuevas relaciones sentimentales, entre las que destaca la intensa trabada con la pintora gallega Maruja Mallo, experiencia ésta que Josefina niega rotundamente. Así, en su carta del 27 de enero de 1966, anima a Puccini a quitar la historia amorosa con la pintora: «De las *Obras completas* ha de eliminar M. de Gracia [Ifach], de punta a punta lo de la pintora que es una tontería que no existió». En efecto, en el prólogo del libro bonaerense que firma la citada María de Gracia Ifach, se lee:

> Madrid va ganando a Miguel Hernández y también le gana, durante un lapso breve, otra mujer. Otra mujer que es pintora y conquista al poeta atraída por su ingenuidad y su pureza. Miguel corresponde a la artista, quizá por el contraste que representa con la novia pueblerina. Es posible que no haya entre ellos más que una atracción física, sólo intelectual o espiritual. Quizá las tres cosas a un tiempo. Y Miguel tiene la hombría de confesárselo a Josefina. Piensa si estarán equivocados y no quiere que pierda el tiempo con él. «Me parece que no soy el hombre que tú necesitas».

Sobre el carácter reservado y la rígida educación religiosa de esta costurera de provincia mucho se ha insistido. Además, el poeta, en el período de trasformación ideológica ocurrida durante su estancia en Madrid en 1935, que acarreó un distanciamiento de Josefina, lo comunicó directamente a la amada. En su carta de comienzos de mayo, el poeta subraya la diferencia entre la vida de ella, ligada al pueblo, con la de Madrid, ciudad en la que él vive y donde desea culminar sus aspiraciones artísticas. Escribe Miguel:

> No es que me haya engañado contigo, Josefina; la que tal vez se haya engañado eres tú; esto te lo digo no como reproche a ti sino a mí mismo; me parece que no soy el hombre que tú necesitas [...]. Yo tengo mi vida aquí en Madrid, me sería imposible vivir en Orihuela ya; tengo amistades que me comprenden perfectamente, ahí ni me comprende nadie ni a nadie le importa nada lo que hago[14].

Y en la carta posterior insiste en los distintos modelos de vida: la provinciana, plagada de murmuración, y la urbana, llena de oportunidades para él que, libre y divertido, aprovecha el trabajo que le ofrece la capital:

> Es la vida de Madrid, Josefina; la vida de Madrid que le hace a uno olvidarse de todo con sus ruidos y sus mujeres y sus diversiones y sus trabajos. Es tan diferente de esa vida callada de ahí, donde no se sabe hacer otra cosa que murmurar del vecino o hablar mal de los amigos y dar vueltas por los puentes[15].

Es éste uno de los ciclos más tensos de la relación de los dos enamorados, y abarca seis meses de una separación que precipita hacia una verdadera ruptura, durante la cual –es sabido– Miguel vive la intensa experiencia amorosa con Maruja Mallo. Como ha documentado el paisano y compañero de lucha política Ramón Pérez Álvarez[16], al período anterior se remonta el romance de Miguel con María Cegarra, joven poeta que el oriolano había conocido en su pueblo en 1932, junto con Antonio Oliver y Carmen Conde, con motivo de la inauguración del monumento a Gabriel Miró. La historia continuó durante la visita del poeta a Cartagena y La Unión para la presentación del libro *Perito en lunas*. Pérez Álvarez sostiene que hubo cruce de cartas entre los dos y que gran parte de los poemas de *El rayo que no cesa* fueron inspirados por María Cegarra. En este sentido Agustín Sánchez Vidal habla de la «Extraña dedicatoria» del libro: «¿A quién se dirigía?», se pregunta. Pérez Álvarez cita una carta de Hernández al matrimonio Oliver-Conde, fechada

en octubre de 1935, en la que dice: «Le he escrito a María [Cegarra] y no me contesta hace mucho. Por lo visto tampoco tiene interés conmigo... que se desengañe de todo, hasta de mí de una vez». También acude a una entrevista dirigida a María Cegarra en la que el periodista recuerda a la mujer, lo que afirmaba Carmen Conde, es decir, que Miguel estaba enamorado de ella. He aquí su contestación evasiva y un tanto sibilina: «Ella lo ha tratado más que yo. Es posible». La situación conflictiva, además de reverberarse en el epistolario enviado a Josefina, es confesada explícitamente por ésta, que en sus recuerdos reconstruye las coordenadas temporales del distanciamiento. Señala su dura reacción frente al cambio mostrado por Miguel respecto a ella en estos términos:

> Al poco tiempo de estar Miguel en Madrid, donde trabajaba en Espasa-Calpe, en una enciclopedia taurina, iba cambiando y yo encontraba muy extraña su actitud. Me decía en sus cartas cosas que a mí no me gustaban, y yo le contestaba a ellas. Yo, a pesar de todo, tampoco estaba dispuesta a aguantar y deseaba terminar con esta situación.
>
> En el mes de agosto de 1935 vino de vacaciones y cuando fue a saludarme dándome la mano, le dije que no se la daba porque no me quería; él me contestó que sí me quería, pero que no pensaba casarse. Al oír eso le dije que me trajera mis cartas y retratos y me subí a mi casa. Él no esperaba mi decisión y me llamaba. Al día siguiente silbó en la placeta y yo mandé a una de mis hermanas a que le diera las cartas y retratos. Yo no quise salir en todo el mes sino solamente a trabajar. No quería verlo ni que me viera[17].

Volviendo a la invitación anterior de Josefina, dirigida a Puccini para que quitara de su nuevo libro hernandiano todo lo que va con la página 100[18], es interesante leer lo que escribe el hispanista que allí afronta la lectura del drama *El pastor de la muerte*, donde escribe:

> El mayor interés del drama consiste en el material autobiográfico que Hernández introduce a manos llenas y candorosamente. Ante todo, Pedro, el protagonista, el pastor de la muerte («soy pastor de la vida por ser pastor de la muerte») es el mismo Miguel, como Miguel, el pastor del drama está decidido a luchar «por una mañana porvenir libre y clara», pero es detenido por la madre, las hermanas y la novia. Esta última, Ana, por no dejarlo partir, se le entrega (en las acotaciones del 1er acto, 3er cuadro, escena 1.°), se lee: «Ruinas de un puente de varios arcos sin río» pero al verlo firme en su propósito, llora, se desespera y dice que ha sido engañada y deshonrada por él; y aquí Pedro, como imaginamos hubiera hecho Miguel en su primeras disputas con Josefina, responde: «¿Qué deshonra puede haber,/mujer, en que yo te quiera/y en que, al quererte y quererme,/juntemos como en la siembra/el trigo al surco, mi cuerpo/a tu cuerpo de belleza?». Y aun: «No te mandé detenerme,/sino quererme de veras./Pero para ser honrada,/por lo visto, mi morena/necesita que le den/jueces y curas licencia./El querer, cuando es querer, no pide cédulas:/quiere lo que quiere y sólo/a lo que quiere se entrega».

Contra semejante tesis, reacciona Josefina en su carta final del 10 de octubre de 1971:

> Yo no fui nunca hurona con él, sino todo lo contrario. Fui muy cariñosa y le di muy buen trato. Tuve la suerte de comprenderle desde la primera vez que lo vi, y tal vez antes que él a mí, motivo quizá para alejarse de mí en su estancia en Madrid. Para mí un beso del novio era perder el honor y en esa actitud siempre fui dura, además que yo lo quería demasiado y procuré tenerlo siempre con la misma ilusión, para nuestra felicidad.

En la protesta de Josefina resalta la alusión al beso dado por el novio que, como cualquier lector de la poesía hernandiana bien conoce, recuerda el soneto n.° 11 de *El*

rayo que no cesa, cuyo tema es, en efecto, el del beso robado en la mejilla de la joven modista: hecho de que, si fuera verdad, lo habría sufrido como una verdadera deshonra, según la misma confiesa. Vale la pena leer el bellísimo poema donde, en el lenguaje metafórico barroco, asistimos a una doble dialéctica que opone la figura del poeta apasionado a la novia, «casta y sencilla», y, luego, con más fuerza y detalles, se describe el «beso delincuente» en contraste con la imagen inerte de la mejilla, que a consecuencia de esta violación se desmaya y pierde su color antiguo. El soneto es el siguiente:

> Te me mueres de casta y de sencilla:
> estoy convicto, amor, estoy confeso
> de que, raptor, intrépido de un beso,
> yo te libé la flor de la mejilla.
>
> Yo te libé la flor de la mejilla,
> y desde aquella gloria, aquel suceso,
> tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
> se te cae deshojada y amarilla.
>
> El fantasma del beso delincuente
> el pómulo te tiene perseguido,
> cada vez más patente, negro y grande.
>
> Y sin dormir estás, celosamente,
> vigilando mi boca ¡con qué cuido!
> para que no se vicie y se desmande.

El epistolario muestra otro motivo de reprobación por parte de Josefina, muy sensible a los valores tradicionales del honor, rehusando lo que escribe Concha Zardoya en su libro, es decir, que Hernández, aunque sin medios económicos, ayuda a la familia de la novia, tras la muerte del padre. «En nuestra manera de ser, admitir eso del novio –apunta Manresa en su carta del 27 de enero de 1966– es una deshonra», y con ocasión vuelve a recordar el trágico acontecimiento del asesinato del padre, a propósito del cual comenta:

> Que no digan tampoco que a mi padre lo mataron en el frente. Que lo dejen quieto si no quieren decir la verdad, que lo mataron en retaguardia sólo por llevar uniforme de la Guardia Civil, y después lo pisotearon diciéndole estos cerdos nos gustan a nosotros matar. Desde luego que eran fieras con hambre como Miguel dice, y Dios los perdone.

Miguel Hernández y el Partido Comunista

En esta defensa «a ultranza» de su historia familiar también entra el juicio sobre la participación militar desempeñada por Hernández, que Josefina niega sea de carácter ideológico, rehusando la visión de Puccini que da gran relieve al período de adhesión y militancia del poeta. Advierte Josefina: «le quise decir en mi carta anterior sobre las biografías, que no escoja Vd. datos donde lo presentan a Miguel un político, que él no lo era. La j[g]ente lo confunde y toma más el aspecto de la política que lo humano que fue y bueno» (carta del 27 de enero de 1966). Sobre el tema, en particular sobre la inscripción del poeta al Partido Comunista, Josefina se ha expresado públicamente en varias ocasiones negando que Hernández tuviera el carné del partido. En una entrevista aparecida en *El País* (2/1/1976), a la pregunta de si Miguel pertenecía al Partido Comunista, ella contesta:

> Él nunca me dijo que estuviera afiliado al Partido Comunista. Y nunca tuvo carné. Lo que sí está claro en que no era de derechas. Respetaba todas las ideas. Una vez

> le pregunté qué diría si a nuestro hijo le diera por ser cura y me respondió. «Si es su vocación, no me opondría». Él estaba a favor de la justicia y la libertad. No aprobaba que se matara indiscriminadamente ni algunas de las acciones que hacían los milicianos, como quemar iglesias, etcétera...

En realidad, sabemos que su compañero de cárcel, Ramón Pérez Álvarez, contó que en enero de 1946 encontró el carné del Partido Comunista de Miguel y que lo entregó a Josefina en presencia de Elvira (hermana de Miguel) y de Efrén Fenoll, hermano del panadero poeta. En su artículo «El poeta sacrificado», escribe:

> Cuando salí de la cárcel, me personé en la casa de los padres de Miguel donde circunstancialmente estaban Josefina y Elvira.
> Ordené sus papeles entre los cuales estaban *El torero más valiente* –cuya existencia me negó durante años Josefina–, y entre ellos estaba el carné del Partido Comunista de España de Miguel. Se lo entregué y posteriormente Josefina o Elvira lo perdieron o destruyeron. De ahí la insistencia de Josefina en negar la militancia de Miguel. La aparición de otros documentos recientemente, encontrados por el señor La Parra, Director del Instituto Juan Gil-Albert, confirman mis asertos[19].

Igualmente, Pérez Álvarez interviene sobre el asunto confirmando la militancia política del poeta en el artículo «Miguel Hernández y el Partido Comunista», donde apunta:

> Cuando se habla de la no militancia de Miguel en el Partido Comunista, se está en la luna. Una persona cuya militancia no hubiera sido «candente», no habría podido estar cerca de quienes estuvo Miguel. Por la significación de las personas a quienes acompañó, por los lugares que ocupó: Togliatti, Feadorov, Stepanov, Carlos... componían la «Troika» del «Komintern» en España. La unidad de Líster, la 11ª División, era la «niña bonita» del Partido Comunista. A ella perteneció Miguel hasta que ésta pasó a Cataluña y Miguel, por su enfermedad, a pesar de ser llamado por Carlos, no pudo acudir. Y allí donde estuvo Líster, estaba Carlos y donde estaba Carlos estaba Miguel Hernández[20].

Más adelante, en su texto «Una relación conflictiva», argumenta:

> Pero lo más fundamental de esa entrevista [con Josefina] fue encontrar el carné del Partido Comunista expedido a nombre de Miguel Hernández Gilabert. Ella sabrá lo que hizo con él. ¿Fue perdido intencionadamente? Nunca se sabrá, pero lo que perdió es incontrovertible. Durante años se ha puesto en duda, a pesar de mi insistencia en afirmarlo, la condición comunista de Miguel y sólo la constancia de don Emilio La Parra, del Instituto Gil-Albert, ha permitido confirmarlo[21].

El hecho es cierto: Pérez Álvarez encontró el carné de Hernández, pero alguien observa que dicho documento lucía una estrella de cinco puntas, mientras que el del Partido Comunista tenía impresa la hoz y el martillo. A este propósito, Alfonso Guerra, Presidente de la Fundación Pablo Iglesias y gran conocedor de la obra de Hernández, afirma que Josefina pueda tener razón en cuanto el documento al que se alude era probablemente el del carné de comisario político[22]. En cambio, el estudioso Eutimio Martín, en su reciente monografía sobre el poeta, no duda en confirmar y datar la inscripción del poeta al Partido Comunista al 25 de septiembre de 1936 (día en que Miguel rellena la ficha de alistamiento en las filas de 5.° Regimiento), reproduciendo al final del libro el documento del carné, donde se lee: «Organización P. C.», y abajo: Enrolado el *23 de Septiembre de 1936*. «Si era o no militante comunista antes del 25 septiembre de 1936 –comenta el crítico– lo

ignoramos. Lo cierto es que lo asumió en esta fecha, y con carácter ejemplar, al decir de sus camaradas de célula y compañeros de celda»[23].

De todos modos, sobre la militancia comunista de Hernández —y Eutimio Martín lo señala en una nota de su libro— vale la pena recordar las palabras ejemplares de Agustín Sánchez Vidal, que dicen: «Es un hecho secundario el que tuviera el carné o no, porque numerosos escritos suyos no dejan abrigar ninguna duda sobre su identificación con el comunismo»[24].

El asunto entra sólo someramente en el contenido del epistolario, pero es evidente la preocupación de Josefina de defender su vida familiar y la imagen de su esposo que, respecto al empeño político, ella lo limita a la expresión del sentimiento de simpatía y solidariedad que siempre Miguel tuvo hacia los campesinos y los pobres, a los cuales su poesía se dirige, como documenta los versos del poema «Sentado sobre los muertos», que rezan:

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

La voluntad de Josefina de separar la vida (y sobre todo la experiencia íntima que compartió con Miguel) de la obra literaria es constante, y eso choca contra la exigencia investigadora de Puccini que, al contrario, busca en los actos y momentos concretos de la biografía el legado espiritual para explicar su poesía. Es lo que él reivindica en su carta de contestación (15 de febrero de 1966) a las observaciones de la viuda, donde escribe: «quiero explicarle que, en mi libro, no me interesé de los hechos particulares de la biografía de Miguel, sino de su obra poética y literaria, puesta en relación con los momentos de su vida». Hasta lo último –hasta la carta final que poseemos de esta correspondencia– Josefina, aparte del interés económico (no olvidemos el estado de aislamiento y pobreza en que vive con su hijo en la España franquista), se considera poseedora de una verdad que pretende se respete fielmente protestando contra los errores que aparecieron en las biografías hernandianas de la época: «es una pena que vayan guiándose por ellas –comenta con amargura al interlocutor italiano– sin haberme muerto yo todavía». Tampoco quiere que se publique el epistolario, «porque no va ser por ahora», añade. En una carta anterior (13 de diciembre de 1966), informaba que la correspondencia con Miguel estaba copiada, pero ella no se decidía a darla a conocer: «pienso que aún no son Historia», apunta. En fin, Josefina no quiere estar dentro de la Historia (con la mayúscula, como escribe). A ella le interesa sólo la «intrahistoria», diría Unamuno, el cuento del existir cotidiano vivido con Miguel. En este sentido son significativas sus palabras finales donde siguen impartiendo órdenes a su generoso amigo hispanista: «Quite también que se ocupó Miguel de mi madre y hermanos a la muerte de mi padre (mi padre lo asesinaron a él y a cuatro guardias civiles más en Elda, que es el pueblo que vivíamos, no en combate, pues no es cierto)». Detalles menores en la reconstrucción del perfil humano y literario de la obra, pero importantes para ella, que le ha tocado vivir la doble tragedia de la muerte del padre y del marido; quien –recordemos–, en su último momento, le dedicó estas palabras conmovedoras. «¡Ay, Josefina, qué desgraciada eres!».

La lectura de este epistolario restituye, desde perspectivas y culturas distintas, dos maneras de acercarse a la persona y a la obra de Hernández: la primera revela la resistencia de la viuda a revelar aspectos de la vida que siente pertenecer a su experiencia e historia, lamentando la inexactitud de los datos publicados; la segunda muestra el esfuerzo generoso y constante de un estudioso que intenta reconstruir, a través del testimonio de Josefina y la documentación textual que conserva, la trayectoria humana y literaria del poeta, impulsado por su interés en conocer y difundir su obra en Italia y en el mundo. Dos recorridos paralelos en que se filtran y mezclan fragmentos de la historia familiar y editorial de Hernández. En fin, el legado de esta correspondencia avala la empresa obstinada de un gran estudioso, como Dario Puccini, el cual, frente a la resistencia que (sin quererlo) le oponen la viuda del poeta y el mundo editorial, sigue persiguiendo el proyecto que quiere dar a conocer, así como lo ha intuido y descubierto, la poesía, aún inédita o poco conocida, de un extraordinario representante de la literatura contemporánea, que Puccini coloca no sólo en el ámbito de la tradición española, sino dentro de una perspectiva más amplia, propia de la poesía de la resistencia europea. A él le debemos, como lectores de la obra de Hernández, nuestro reconocimiento por su extensa labor exegética sobre la producción literaria del oriolano; sentimientos de aprecio y gratitud que igualmente extendemos a ella, Josefina, la musa amada por el poeta, que inspiró los bellísimos versos de amor y dolor que siguen acompañando nuestra vida.

NOTAS

1.– Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz*, vol. II, Valencia, Pre-Textos, 1999, p. 316.

2.– Edición de Carlo Bo, Milano, La Corrente, 1941.

3.– Edición de Giovanni Maria Bertini, Torino, Chiantore, 1944.

4.– Parma, Guanda, 1952.

5.– *Poesia spagnola del Novecento*, *op. cit.*, pp. LX–XLI y pp. 406-433.

6.– «Alma como arma: retrato de Miguel Hernández. Secuencias italianas», en «Miguel Hernández, 1910–2010. Presencia de una ausencia», *Ínsula*, 763–764 (julio-agosto 2010), pp. 39–41.

7.– «Historia y exégesis de una antología a través del epistolario inédito Aleixandre-Macrí», en *Montegudo*, 3.ª época, 3 (1998), pp. 62–73.

8.– «Vicente Aleixandre, Poesie (Presentazione e versione ritmica di Oreste Macrí)», en *Quaderni Ispano–Americani*, Turín, 11 (diciembre 1951), pp. 104–119, donde se lee: «[...] Aleixandre nella poesia e Dámaso Alonso nella critica sono i reggitori e gli interpreti autorevoli: l'*Elegía a Miguel Hernández* dell'uno e l'elegia *A un poeta muerto* [García Lorca] dell'altro sono pietosi e patetici tributi di omaggio ai morti per una causa diversa, segni di una illibata amicizia nella poesia, oltre i campi minori della lotta terrena».

9.– El libro, cuya denominación, como advierte el autor en su premisa, tiene una connotación enunciativa en función metonímica —«porque expresa muy bien la idea de una súbita, intensísima y general explosión de poesía» (p. 17)—, tuvo pronto un gran éxito y una recepción a nivel internacional, como muestran sus sucesivas y numerosas ediciones, enriquecidas y ampliadas: *Romancero della Resistenza spagnola*, Milano, Feltrinelli, 1960; Roma, Editori Riuniti, 1965; Bari, Laterza, 1970, 1971; ed. francés, Paris, Maepero, 1962, 1971, 1977; ed. mexicana, México, D. F., Era, 1968; ed. española, Barcelona, Península, 1982. La «Introducción» fue parcialmente reeditada en *Gli Spagnoli e l'Italia*, al cuidado de D. Puccini, Milano, Libri Scheiwiller, 1977, pp. 72–86.

10.–Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil–Albert. Diputación Provincial, 1987.

11.–«Diálogo con Puccini sobre Hernández», *Quaderni Ibero–Americani*, Turín, 35–36 (diciembre 1986). Véase también «Apéndice 2», en *Miguel Hernández: Vida y poesía y otros estudios hernandianos, op. cit.*, p. 184.

12.–Véase su carta (15 de febrero de 1966) de contestación a la viuda del poeta, quien le reprochaba el uso (no correcto) de los datos biográficos.

13.–Se trata de una breve nota que puede leerse en el libro de recopilación del conjunto de estudios que Puccini ha dedicado al poeta *Miguel Hernández. Vida y poesía..., op. cit.*, pp. 207–209.

14.–Miguel Hernández, *Cartas a Josefina*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 50.

15.–*Ibid.*, p. 51.

16.–«María Cegarra–Miguel Hernández. El veto a una relación sentimental incuestionable», en Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández*, ed. e introducción de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet, epílogo de César Moreno, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández-Ediciones Empireuma, A.C., 2003, pp. 28–31.

17.–*Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, p. 16.

18.–En realidad es la p. 104.

19.–El artículo se publica en la revista oriolana *La Lucerna*, II: 6 (marzo 1992), p. 26; después es recogido en *Hacia Miguel Hernández, op. cit.*, p. 26.

20.–El artículo aparece en *La Lucerna*, V: 34 (marzo 1995), pp. 33–35; también puede leerse en *Hacia Miguel Hernández, op. cit.*, p. 56.

21.–El texto se publica en *La Lucerna*, VI: 43 (marzo 1996), pp. 32-33; se recoge en *Hacia Miguel Hernández, op. cit.*, p. 112.

22.–Doy gracias a Alfonso Guerra, con el cual traté el tema tras un encuentro dedicado a celebrar al poeta de Orihuela en el centenario de su nacimiento, por esta declaración que me confirma en su carta del 23 de junio de 2010.

23.–*El oficio de poeta Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, pp. 381–382.

24.–*Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1979, p. 147.